

Asamblea Nacional de Unión Republicana

Interesante discurso del Sr. Martínez Barrio

El pasado día 31 ha celebrado en Valencia, el partido de Unión Republicana Nacional, su anunciada Asamblea extraordinaria: se acordó en ella considerar trabajo fundamental del partido la fusión de las organizaciones republicanas, y se señaló la línea política de Unión Republicana, consistente en la adhesión al Gobierno, considerándolo como expresión política de todo el Frente Popular, y del pueblo español combatiente por su independencia y soberanía; hacer pública declaración de que Unión Republicana, como todos los partidos del Frente Popular no admite la paz sin la victoria, y ratificar su fe absoluta en las instituciones democráticas y parlamentarias.

Se eligió el nuevo Comité Nacional que quedó constituido en la siguiente forma: Presidente, don Diego Martínez Barrio; Vicepresidente, don Félix Gordón Ordán y don Bernardo Gines de los Ríos; Secretario, don Manuel Mateo Silva; Contador, don Francisco Belda Sánchez; Tesorero, don Ricardo Pardo Aroca; Vocales: don Fernando Valera Aparicio, don Miguel Luelmo, don Francisco Serra no Pacheco, don Benito Artigas Arpón, don Elicidio Alonso, don Enrique López y el representante de la mayoría parlamentaria Sr. Torres Campaña.

En el acto de clausura el Sr. Martínez Barrio, pronunció un interesante discurso, por la autoridad del Presidente de las Cortes, por los temas que abordó, y por los momentos críticos en que hubo de producirse creemos oportuno reproducir gran parte de él, por carecer de espacio suficiente para ello.

Discurso del Sr. Martínez Barrio

Para nadie es un secreto que desde el 18 de julio, fecha de la infame rebelión militar que sufre España, el Partido de Unión Republicana ha venido firmando, poco menos que en blanco, todos los compromisos que apesajaba una colaboración de las fuerzas leales a la República en la lucha contra los sublevados. Así, cuando el Presidente del Estado republicano comisionó al entonces ministro de Marina, señor Giral, para que formara un Gabinete, Unión Republicana le ofreció colaboración en la medida que el presidente del Gobierno quisiera utilizar; así, más tarde, cuando por dimisión del señor Giral fué encargado el señor Largo Caballero para formar otro Ministerio, la representación de Unión Republicana quedó a él asociada en la forma que plugo a la persona que había recibido aquel encargo. En los primeros días del mes de noviembre de 1936, el propio señor Presidente del Consejo de ministros, Largo Caballero, creyó oportuno hacer una modificación del Gabinete, y cuando la realizó, pidió y obtuvo la misma colaboración unipersonal de Unión Republicana que al Gabinete anterior habíamos facilitado. Unos cuantos meses ha tenido de vida ese Gobierno, y ha sido corriendo el mes de mayo cuando, en virtud de discrepancias, bien conocidas por la opinión pública, se produjo otro proceso de crisis y con él la dimisión del Gabinete Largo Caballero. Durante el proceso de esta última crisis, Unión Republicana ha estado en comunicación constante con la opinión pública: no ha retacado ni ocultado cuál era su criterio político, que lo cifraba en sostener la unidad de todos los partidos y organizaciones antifascistas hasta terminar la guerra. Consecuentemente con este criterio, aceptamos la participación gubernamental que el señor Largo Caballero nos brindaba. Hubiéndose intervenido más tarde como amigos, aunque fracasados compondores en las diferencias que surgieron entre el presidente dimisionario y las representaciones de los partidos Comunista y Socialista, y indignos de admitir, por último, en discusión de nin-

guna clase, la participación ministerial que nos ofreció el actual Presidente del Consejo, señor Negri.

Otras fuerzas políticas adoptaron posición distinta. Discrepantes del criterio del Presidente del Consejo dimisionario, hubieron de expresar que no formarían parte de una nueva formación ministerial que dirigiera aquel presidente si no era en condiciones previamente señaladas, distintas a las que patrocinaba el señor Largo Caballero. Respeto de nosotros no creímos oportuno, ni conveniente, ni patriótico colocarnos en la ruta que marcaba la posición personal del ex presidente del Consejo, ni en aquella otra que suscribían sus contrarictores. ¿Por qué? ¿Es acaso que, sobre todos los problemas planteados a la discusión del Consejo de ministros y de los partidos, el carecíamos de opinión concreta? ¿Es acaso que nuestra actitud era la de quien, indiferentemente, sigue ésta o la otra corriente en la política de su país, importándole poco cuál sea la orientación cardinal de esa política? Supongo que todos los que sigan con interés las incinencias de la vida pública española nos harán la justicia de pensar que nuestro apartamiento de la contienda no significaba ni inhibición de la voluntad ni vacación del pensamiento. Las razones fundamentales de nuestra actitud eran bien distintas. Las expresaré con toda lisura, por que en la verdad no hay agravios y porque a quien representa fuerzas políticas es obligado pedirle, cuando se pone en relación con la opinión pública, testimonios de claridad y de lealtad.

Sea cual fuere el criterio que Unión Republicana tuviera acerca de las directrices de la guerra, había surgido una cuestión grave, en la que nosotros ni queríamos, ni podíamos, ni debíamos ser beligerantes: la lucha entre partidos de clase y representaciones sindicales trabajadoras. Nuestra posición dentro de la vida política del país es bien difícil. Estamos colaborando al triunfo de una guerra que no hemos provocado y asistiendo y colaborando también al encauzamiento de una revolución que esa guerra ha hecho surgir violentamente en la entrada popular.

Por no representar el Partido de Unión Republicana un sentido clasista, ha de abstenerse cuidadosamente de manifestar preferencias, simpatías determinadas por cualquiera de los sectores en el conjunto clasista se divide. Al fin de cuentas, si hiciera cosa distinta, si la hicieran los partidos republicanos, se levantaría contra ellos el argumento de que azuzaban las divisiones entre las fuerzas proletarias para crear una situación política que desvirtuara o desubstantiara el criterio revolucionario y político que actualmente llevan esas fuerzas. No. Así como pedíamos a las fuerzas obreras lealtad desde el día 16 de febrero en que triunfaron en las urnas las candidaturas del Frente Popular, hasta el 18 de julio en que se provocó la rebelión militar, logrando de ellas que no asistieran en el Parlamento con sus votos y en la vida pública con su adhesión, nosotros tenemos que ofrecer a las fuerzas trabajadoras a todas las fuerzas trabajadoras, y en ello no quiero hacer distinciones, el testimonio de la misma lealtad, y cuando entre ellas se produjera, como se ha producido, una estorsión, un desacuerdo, intervenir como amigables compondores y no como beligerantes, salvando así decorosamente la autoridad y el respeto que a estas demostradas organizaciones republicanas nos son debidos; testimonio de autoridad y de respeto, que ha de ser en la vida pública futura del país el basamento de su derecho para dirigirla cuando la opinión pública lo señale. (Muy bien.) De ahí que a muchos pudiera parecer, durante la tramitación de la crisis, que nosotros ocupábamos una posición sistemática: la de apoyar al presidente dimi-

cionario y a la tendencia política que el presidente dimisionario representaba; de ahí que, más tarde algunos han venido diciendo que automáticamente, en el breve transcurso de unas horas, en nosotros se operó una reificación.

No había tal. No hubo tal. Si en nuestras posibilidades hubiera estado, el Gobierno formado últimamente habría sido integrado por las mismas representaciones políticas y sindicales que el Gobierno dimisionario. Cuando esto escapó de la posibilidad, nosotros ofrecimos nuestra colaboración al Gobierno que se formaba, porque lo que no podíamos hacer era desertar de aquel puesto de honor y de responsabilidad a que nos habían traído ante la opinión obrera y republicana de España la pureza y la limpieza de nuestra actitud, que había sido, desde el principio al fin, ofrecer todo género de facilidades, no convertirnos en ningún momento en obstáculo para que el Jefe del Estado pudiera verse cobijado en el ejercicio libre de su iniciativa. Algún día se hará completa justicia a esta posición del Partido de Unión Republicana.

Y cuando se reconcilian las representaciones de estos partidos de clase, como se reconciliarán, volverán los ojos hacia los partidos republicanos para seguirlos pidiendo su colaboración, o para prescindir de su colaboración; pero se encontrarán con los nuestros, firmes y altivos; pudiendo decirles que en sus extorsiones pasadas no habríamos tenido la menor intervención.

Este Gobierno, pues, tiene una representación personal de Unión Republicana, nuestra colaboración más decidida y entusiasta y si se me permite, añadiré más eficaz.

Por un sentimiento de íntimo pudor, los republicanos hemos quedado al margen de esa efusión explicable en todos los organismos que llegan por primera vez al Poder, de atribuirse cuantos éxitos se producen dentro de la vida nacional. Son muchos, inúmeros, los esfuerzos heroicos que las organizaciones obreras, que los partidos de clase realizan para ganar la guerra, pero no por silenciosos y modestos dejan de ser también eficaces y constantes los esfuerzos que viene realizando la democracia republicana.

(Muy bien.) Muchas batallas que tienen su exhibición tipográfica en las columnas de los periódicos, tienen en la urdimbre interior que las precede una colaboración activa y eficaz de los republicanos españoles. No establezcamos comparación; pero si se habla de mártires, tenemos derecho a recordar nuestros mártires; si de héroes caídos, que han regado con su sangre el suelo de la Patria, podemos exhibir largas listas de afiliados a los partidos republicanos; si de gentes ahogadas, que en la van-guardia o en la retaguardia prestan servicios eficaces a la obra de lograr una completa victoria, modesta y silenciosamente, también acude cada día la labor de los hombres de la República a colaborar en la que realizan los representantes de las clases obreras.

¿Cuál es, hecha esta sumaria litigación, consiguientemente, nuestro primer y más angustioso problema? Dejemos que los demás disputen, que pongan en contradicción y en ría sus tácticas, y sus doctrinas; limitémonos nosotros a cumplir el sagrado deber de cada día. ¿Cuál es la más apremiante, angustiosa preocupación que deba invadirnos? La de ganar la guerra, porfié si no lo lográramos, todo aquello que acareara la fantasía como ilusión para el futuro se vendría abajo y, que es peor, se vendría abajo la nacionalidad imposibilitada de reconstruirse durante largos años si quedara en manos de los enemigos encubiertos o declarados de España. Para ganar la guerra, ningún sacrificio es excesivo; el de colaborar calladamente tiene esa importancia; el de sacrificarse con el propio criterio aquel crédito de reputación que cada uno tenga ante la opi-

nión pública; escaso sacrificio es también; el que exhiben los hombres representativos de las fuerzas políticas y obreras de España palidece, cede, se achica con el que ardian y constantemente realizan las multitudes ignoradas en medio del mar; combatiendo contra el enemigo; en las trincheras defendiéndose de ellos o en el azul del cielo, procurando victorias para nuestras armas. (Aplausos.)

Nuestra primera preocupación: ganar la guerra. Casi nuestra única preocupación. Lo que la completa es que la guerra sea ganada con una victoria que reconozco, declamo y se incline ante nuestro derecho. Mucho importa a los españoles que la guerra termine con el triunfo del Gobierno legítimo; pero tanto como a los españoles interesa a la democracia universal. Poner límite a la ambición desahorada de los que no teniendo la confianza pública por el medio legítimo de la representación la buscan por el violento de las armas, es impuesta que no sólo constituye patriotismo y beneficio de los que la realizan, sino de todos los pueblos que quieren ser dueños de sus destinos. La guerra de España pasó de la categoría de una contienda civil a la de una pugna internacional. Y cuando el sol de nuestras armas palidece, se nubla la libertad en todo el mundo y cuando el empuje de nuestros soldados victoriosamente avanza al enemigo, con pedruzcos de tierra, pedruzcos de moral, labramos un futuro mejor tanto para los españoles como para todos aquellos pueblos que potencialmente se encuentran en nuestro caso.

De ahí, amigos míos, que no podemos pensar en una paz sin victoria. La paz sin victoria sería nuestro ludibrio, sería nuestra condenación histórica y exigía que otros hombres vieran a poblar el suelo ensangrentado de la patria. ¿Cómo pensar que vayamos a sentarnos en la misma mesa para resolver sobre comunes destinos los hombres que se sublevaron el 18 de julio y aquellos que permanecemos fieles a nuestra palabra jurada? (Muy bien.) ¿Cómo creer que puede tenerse confianza futura en el compromiso, en la promesa de los que demostraron con actos elocuentes que no les ligaba ni a su palabra, ni a su compromiso, ni a su promesa vínculo alguno de honor? No sé lo que quedará de España después de que esta sangrienta contienda líquide; pero perezca lo que perezca, hay que salvar el honor de la nación (grandes aplausos). Una paz sin victoria, no. Una victoria que aspire a resucitar el Estado caído de julio de 1936, tampoco. Hablo ahora el mismo lenguaje que hablé a los pocos días de la rebelión militar. Pasarán los meses y los años y seguirá habiendo ese mismo lenguaje.

El impulso más que revolucionario del pueblo español para hacerse una nueva sociedad; para reestructurarse y formar un nuevo Estado, no se puede defraudar; no hay organización política con autoridad bastante para defraudarla; y si lo intentara el viento justiciero popular, pasaría sobre ella. Lo único que queda a los cinco formes es ausentarse. Cuando en la vida pública no se puede servir, ahogada, desinteresadamente el impulso, el deseo de un pueblo, es recluírse en el propio hogar, declarar terminada y liquidada la misión política que le sostuvo a cada uno dentro de la vida pública y contemplar cómo otros manos más aptas,

más entusiastas, más eficaces realizan lo que por inexperticia, torpeza, incapacidad en las propias manos no pudo fructificar. (Muy bien.)

Ya comprenderéis, amigos míos, que no hago estas manifestaciones a título de exaltación lírica, ni para levantar en el corazón y en el pensamiento de los que me escuchan oleadas de entusiasmo. No. Son compromisos morales que se exhiben para quedar afadados a ellos permanentemente para no sentir la veledad, por coacción de los partidos, de rectificar las convicciones merecidas. Tal cual dijimos el primer día, decimos hoy; tal cual lo decimos hoy, lo ratificaremos mañana. Al término de la guerra con una paz de victoria, España se dará dentro del marco de sus instituciones constitucionales la vida que si quiere dar y si quiere reformar esas instituciones constitucionales, con que lo haga por la vía legal que la propia Constitución señala, también lo podrá hacer. (Muy bien.)

Esta sinceridad nuestra, esta claridad meridiana de nuestra posición política dentro de la realidad española, nos da un derecho y es el de pedir a los demás recíprocamente respeto y consideración. Yo no me siento hablo en nombre del Partido—parente pobre dentro de la política española; es decir, no permito que Unión Republicana sea un miembro de segunda, tercera fila que reciba por donación escasa aquellas porciones de autoridad que le permitan intervenir en la vida pública, y menos consiento que se nos extiendan partidas de defunción como si en la mano de los que escriben estuvieran la posibilidad de que, con todas las tempestades, todas las catástrofes. Cada cual, cada parte, cada organización tiene en la vida pública del país su autoridad, su voluntad mayor o menor, pero por lo mismo teresada y generosa digna de respeto.

Nosotros no encontramos con ellos, aspiramos a encontrarlos con ellos en la realización de una obra común. Seguramente nos encontraremos con ellos también, amigos míos—y aquí me parlabas, cumpliendo lo que os dije al principio, tienen ya su fin—en la afirmación de los grandes principios democráticos y liberales que animan al republicanismo. Tampoco ha desertado Unión Republicana de esa posición. Nuevas corrientes de la sociedad de una manera transitoria; se encaminan por otras rutas y van en procura de otra solución; pero nosotros seguimos constante y permanentemente enlazados a nuestros principios esenciales.

El mundo se organizará como se organice, la sociedad tomará como base y fundamento de las relaciones de los hombres los principios que quieran algunos de los que pertenecen a escuelas aparentemente desvirtuadas, otros de los que se dejan llevar por la filosofía de los nuevos tiempos, pero un principio prevalecerá inmortal, eterno, a través de todas las evoluciones de los pueblos, de las sociedades y de los hombres, el principio de libertad, sin el cual, amigos míos, ni la sociedad mejor organizada ni la más avanzada es digna de vivir; principio de libertad la raíz, la médula, la entraña de la institución y de la doctrina republicana; principio de libertad que incluso para negarlo lo levantan como banderas en nombre de sus respectivas doctrinas los que se proclaman enemigos de la libertad.

(Grandes y prolongados aplausos.)

BAR MARI-PAZ

Plaza de la Constitución, 40

Teléfono, 290

CIUDAD REAL